

Naufragios de Los Lances.

Los Lances son más de 7 kilómetros de playa en el municipio de Tarifa, muy frecuentada por las personas.

Bajo el agua, también es abundante la huella humana.

Erizos, corales, algas y gorgonias se disputan viejas anclas ya integradas en el paisaje.

Mientras peces, como los tres colas, merodean a su alrededor buscando refugio y alimento.

Los hierros, que fueron monocromos y anodinos, se han llenado de colores, de formas y de texturas.

Aquí, frente a Tarifa, naufragó en 1804 el *Achille*, un barco de pabellón ruso, procedente de Grecia y cargado de trigo.

En 1821, se fue a pique el místico *Estrella Feliz*, que iba de Villareal a Génova, con bandera de Cerdeña, cargado de atún, trigo y anchoas. Y en 1837 fue el *Don Juan*, que llevaba fruta y plomo de Málaga a Londres.

El temporal de enero de 1856 fue el más violento del siglo XIX; acabó con el bricarca anglo-americano *Slufer Cheslur*, que había zarpado del puerto peruano de El Callao cuatro meses antes. Y ese mismo año, en marzo, se hundió el *Miño*.

El crucero *Reina Regente* se hundió en 1895, cuando volvía de llevar una delegación diplomática marroquí a Tánger. La caldera permaneció durante años en la playa.

Y como esos, unos cuantos ingenios más murieron frente a la los Lances.

El siglo XIX fue el del vapor, y, por lo tanto, el de los barcos que cargaban mercancías y pasaje de una punta a otra del mundo. Creían poder dominar el mundo y sus tempestades, pero a menudo, las corrientes, el viento y los bajíos imponían su juicio inapelable.

Ahora, esos hierros son todos iguales, describen agujeros que dan paso de la oscuridad a lo más oscuro, y luego al color de la vida.

Tapizados por gorgonias, corales y esponjas, visitados una y otra vez por peces, estrellas, pulpos y erizos, el hierro se ha convertido en apoyo y cobijo de seres vivos.

Que la historia de máquinas y construcciones se conjugue con formas de vida complejas es casi una metáfora de las limitaciones de la capacidad humana.

El mar siempre encuentra la oportunidad de recordarle al hombre su fragilidad, aunque las personas no se quedan atrás a la hora de hallar nuevas e imaginativas soluciones para explorar los confines.

Y los confines no siempre están lejos. A veces los tapizan gorgonias y esponjas que se aferran a las naufragadas tribulaciones de un marino.

Otras veces los confines no van más allá de los recovecos en los que se esconden los peces o de la superficie que explora un cangrejo.

Lo cierto es que el mar siempre da un aire ingrátido a cuanto cae en su seno, sea vivo o inerte, presente o pasado.

El mar fue la empresa de navegantes que querían cruzar el Estrecho, como los del *Achille*, el *Estrella Feliz*, el *Don Juan*, el *Slufer Cheslur*, el *Miño*, el *Reina Regente* y tantos otros, que se aventuraron y perdieron la partida en la playa de los Lances, sembrada ahora de mamparos, anclas, mástiles, calderas, lingotes y cornamusas.